

Nos encontramos con el **primer milagro** desde 14,1-6 y el cuarto de los que se relatan en el camino. En cada uno de ellos, lo fundamental no es el hecho milagroso, sino la **enseñanza que surge de él**.



11-13 Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: - «Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.»

El texto de hoy es continuación del evangelio del domingo pasado. Es **un texto propio de Lucas**.

El grupo que sale al encuentro de Jesús está formado por judíos y samaritanos. Eran dos pueblos que se odiaban mutuamente y, por eso, evitaban el trato. En este caso no tienen inconveniente en ir juntos porque la desgracia, cuando es común, une a las personas.

Le gritan de lejos porque había incluso una

legislación específica que les prohibía cualquier contacto con el resto de las personas, obligándolos a vivir fuera de pueblos y ciudades, y no sólo para evitar el contagio de la enfermedad, sino porque **eran impuros** y pensaban que la impureza (situación en la que el hombre no puede presentarse ante Dios ni participar de ninguna ceremonia religiosa) se contagiaba con el menor contacto. Lógicamente, tampoco había lugar para la compasión: la enfermedad que sufrían era el **merecido castigo** de sus propios pecados.

"Vinieron a su encuentro diez leprosos" Vinieron porque estaba en el camino, en la calle, en "las periferias" –como dice el Papa Francisco-. Si hubiera estado en el templo, seguro que no se los encuentra, sobre todo porque estaba prohibido que se acercaran.

Encuentro. Encontrar y dejarse encontrar. Solo el que busca encuentra. No vienen si hay rechazo. Pero Jesús acoge, toca, inspira confianza, tanta que no les hace nada y los envía a los sacerdotes dándoles autonomía.

Hoy día existen muchos leprosos entre nosotros. Son los mendigos, los sin techo, los sidosos, los parados de larga duración, los del otro lado del estrecho etc. **Salen al encuentro** de todo aquel que lleve una esperanza de curación, de trabajo, de escucha, de ternura.

- ¿Salen a mi encuentro? ¿Cuándo y cómo? ¿Los recibo, los escucho, los atiendo? ¿Puedo contar alguna experiencia?

"Ten compasión de nosotros" Ante ese grito pidiendo compasión, a Jesús se le **estremecen las entrañas**. Porque la experiencia de Dios que tiene Jesús es la de un Dios compasivo. Dios nos siente como una madre siente al hijo de sus entrañas.

De ahí ese grito: **Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo** (Lc 6,36). Es la única manera de parecernos a Dios. "Puede parecer, sugiere Pagola, que esto de la compasión no está muy de moda, puede ser sentimentalismo, unos son más bondadosos, tienen más corazón, otros no... pero no es así. **Para Jesús la compasión es un principio de actuación**; sencillamente es interiorizar el dolor ajeno, que me duela a mí el sufrimiento de los demás y reaccionar haciendo lo posible por esa persona y aliviando su sufrimiento en la medida en que yo pueda.

Si leéis los evangelios desde esta clave, no veréis a Jesús preocupado por organizar una religión como la demás, pendiente de cómo hacer la liturgia, los sacrificios de otra manera distinta, más digna... sino que le veréis llamando a todos a **acoger a este Dios compasivo y a crear una sociedad nueva**, mirando hacia los últimos. Esto era una revolución".

Os propongo **subrayar** en el evangelio la palabra **compasión**, ya veréis. Solo algunas para que sigáis.

Amor compasivo a **las multitudes**: "Al ver a la gente se conmovió porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor" (Mt 9,36).

Amor compasivo a **los enfermos**: "Acudió a él un leproso y le suplicó de rodillas: -Si quieres, puedes limpiarme. Conmovido, extendió la mano y lo tocó diciendo: -Quiero, queda limpio. Al momento se le quitó la lepra y quedó limpio. (Mc 1,40-45)

Amor compasivo en **sus parábolas**: Hijo pródigo (Lc 15,20); Samaritano (Lc 10,33); El hombre sin entrañas (Mt 18,27)

Amor compasivo a **las mujeres**: Viuda de Naín (Lc 7,13); Cananea (Mt 15,21-28)

14-16 Al verlos, les dijo: - «Id a presentaros a los sacerdotes.» Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano.

Piden ayuda a Jesús y este les manda ir al Templo a ofrecer un sacrificio de acción de gracias por su curación. Les manda esto antes de estar curados, es decir, los trata como si estuvieran libres de la enfermedad. Ellos **confían en su palabra y obedecen**. El resultado es que en el camino desaparece la lepra.

Una vez curados, sólo uno vuelve a dar las gracias. Era **un samaritano**. Solo él ve y comprende totalmente lo que ha ocurrido en realidad.

El verbo que emplea Lucas está vinculado a la alegría y la alabanza y sugiere una **realidad espiritual**: el leproso **interioriza** su curación, **intensifica** su confianza, **profundiza** su fe y **culmina**

su conversión. Y antes del encuentro con Jesús, alaba a Dios con todo su corazón. Y la grandeza del sentimiento exige además que sea en voz alta.

Los judíos no vuelven para dar las gracias. Actúan como si no tuvieran nada que agradecer. Y no es que Jesús esté molesto porque no se lo agradecen. Lo que le sorprende y le parece mal es que no den gracias a Dios por la salud recobrada. No reclama para sí la gratitud -al fin y al cabo, ha sido la fe quien los ha curado-, pero es incorrecto no dar gracias a Dios por ello. La ingratitud pone de manifiesto que ellos no eran dignos del favor recibido.

"Era un samaritano" Samaritano y leproso, doblemente marginado. El evangelio nos lo ofrece como **ejemplo en el "camino" de aprendizaje a ser discípulo**. Es verdad que el grupo de leprosos lo había admitido entre ellos, el dolor los hermanaba. Pero solo él regresara a dar gracias: aquel que es visto como inferior y medio pagano es el único que abre su corazón el Señor y nos muestra lo que es la verdadera limpieza: **la coherencia y la actuación sencilla y noble conforme al amor gratuito que recibe**.

Tener el corazón abierto para recibir y exultante para dar gracias es esencial al cristiano. El ser agradecido es una actitud básica de una persona nueva y reconciliada consigo misma, con los hermanos y con Dios.

Solo el samaritano descubre la novedad de Jesús. Como dijimos, solo él vio y comprendió la realidad que sucedía. Los otros nueve quedan libres de la lepra, pero continúan agarrados por la Ley y la religiosidad que divide y discrimina. Por eso van rápido al Templo. Hasta que no se den cuenta (nosotros también) de que la única forma de evitar toda clase de "lepra" es liberarse de la Ley que divide el mundo en sagrado y profano, puro e impuro, observantes y pecadores, buenos y malos, no podrán descubrir **la novedad del reino de Dios inaugurado en Jesús**.

- *¿Agradezco cada día los dones recibidos? ¿Si todo lo recibo gratis, lo devuelvo gratis o paso factura de todo lo que doy?*

**17-19 Jesús tomó la palabra y dijo: - « ¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?»
Y le dijo: - «Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»**

Jesús, lejos de dirigirse al samaritano para felicitarlo, se orienta a todos los oyentes formulando un nuevo diag-nóstico, no ya el de la lepra sino el de **la fe que se estanca**.

Los otros nueve eran galileos, de raza judía. Se creen con derecho a recibir sin dar nada a cambio, ni siquiera el reconocimiento y la gratitud hacia Dios. Nueve de ellos **no llegan a experimentar la "salvación"**.

Todos quedan limpios al salir de la aldea.

«Levántate, vete; tu fe te ha salvado.» Cada domingo cuando entro en el salón para compartir el evangelio con los chicos de Naim, ya tienen escrito en la pizarra: **Tu fe te ha salvado**. Esta frase repetida por Jesús en muchas de sus curaciones les ha marcado. Y van experimentando el crecimiento interior, con la adquisición de valores, día a día.

Y es curioso cómo **Jesús elogia la fe** de un centurión romano (Mt 8, 5-13; Lc 7, 1-10), de una mujer cananea (Mt 15, 21-28; Mc 7, 24-30) o de un leproso samaritano (Lc 17, 11-19), todos ellos, personas que no tendrían la fe en el Dios de Israel. Pero sí que **confiaban en la persona de Jesús de Nazaret**, que tenían delante.

Porque es la plena **confianza** en Jesús, que irradia fuerza sanadora, lo que **potenciará** lo mejor que hay en mí para crecer como persona digna y responsable, dueña de mis actos, solidaria y compasiva.

Lo decisivo es reavivar en nosotros una fe viva y fuerte en Jesús. Jesús es lo mejor que tenemos en la Iglesia, y lo mejor que podemos ofrecer y comunicar al mundo de hoy. Nos lo repite el **Papa Francisco**: "*Hay que volver a Jesús que puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo. Esta conversión a Jesús es lo más importante que puede suceder en los próximos años*".